

Si de forma frecuente se considera que toda la (muy especial) obra de **Juanan Requena** (Albacete, 1983) se mueve en el campo de lo paraliterario, por la misma razón –y para ser justos- debería señalarse que también lo hace exactamente igual (de forma equivalente) en el de lo parafotográfico. Con este matiz nos referimos a que Requena trata de llegar siempre a la esencia última destilada de un pensamiento (lo que podría entenderse como poesía) ya sea cuando usa el lenguaje escrito ya sea cuando utiliza fotografías, tanto da. Si sus imágenes tienen esa cualidad narrativa abierta y sugerente, sus textos tienen también una indudable cualidad visual (y, así, se cierra el ciclo de lo poético por igual -en muchos casos una fotografía y una frase dialogan jugando en una misma página-). De hecho, nuestro autor disipa las fronteras entre ambos medios (visual y escrito) porque no las considera ni jerarquiza (ni siquiera las separa –conceptual y físicamente: escribe sobre fotos en muchos casos-), simplemente transita en ellas y a través de ellas buscando lo único importante de ese viaje: trasladar emocionalmente al lector hacia su universo poético personal, más lleno de dudas que de certezas, en una evidente declaración final universal de que son aquéllas (las dudas) las que nos conducen y animan a *adentrarnos* en la vida y *movernos* por ella (y no éstas –las certezas –, que *nos detienen* porque *nos instalan* en ella).

Toda la obra de Requena acaba siendo como un silencioso pero decidido ejercicio de introspección permanente y siempre en curso (del que desde 2006 nos lleva haciendo partícipes) basado en una concepción *auténtica*, serena, detenida, contemplativa y atenta de la vida (concepción despierta -de conciencia-) que no sólo la formaliza en soporte de libros muy personales de autor (ejemplares únicos, físicamente desgastados –como la propia existencia-manufacturados con el mimo y la dedicada entrega que requiere una concepción de la fotografía tan pausada, artesanal y lírica como la suya) sino que también nos la muestra en dispositivos espaciales muy particulares, recreando habitáculos en los que la luz con cierta penumbra- y la disposición espacial no sólo de cuadros sino también de otros elementos de mobiliario usado (mobiliario *vivido*), cajas de luz, lámparas y objetos varios como soporte de las fotografías, etc generan un clima que conduce a una lectura especialmente sosegada y más íntima de la obra. En algunos casos son como habitaciones llenas de Historia (que resultan ser pequeñas historias), casi como si fueran las paredes de gabinetes de lectura de casas antiguas, en vez de ser simples salas (asépticas y contemporáneas) de exposiciones de arte. Y es que, literal y metafóricamente hablando, Requena necesita palpar, malear y tocar todos los soportes que sostendrán su obra (desde el uso de laboratorio y de fotografía química -como signo de entrega más dedicada y personal y, también, como sinónimo de desgaste vital al crear imágenes que se afectan por el tiempo, que se consumen, que físicamente se deterioran-, hasta el manipulado posterior de las fotos con textos manuscritos, con rayaduras, y grafías varias – siempre la presencia de la tinta y/o la máquina de escribir tradicional en una clara reafirmación de lo artesanal, del ritmo lento y auténtico-, o también la confección original y única de sus libros, o esas peculiares puestas en sala como las descritas hace un momento).

Viendo el trabajo de Requena es imposible evitar que nos venga a la mente la manida frase de que “una imagen vale más que mil palabras”. Una frase que nos irrita desde el principio porque, para empezar, es simplista no reconciliar Fotografía y Literatura, cuando nosotros sostenemos que son dos medios muy hermanados y similares. Cansa ver cómo usando tanto esa frase, se está haciendo permanentemente una pugna (una valoración competitiva) entre ambos medios. Una *vale más* que la otra, una *vence a* la otra -una lucha contra la otra-. Como si fueran conceptos (medios) contrarios y la virtud de una fuera la opuesta (virtud) (el defecto) de la otra. Y los seguidores de la dichosa máxima (que creen hacernos un favor al defendérsela) entienden que la fotografía *gana el combate* por su simpleza narrativa, por su literalidad (una literalidad especular –de espejo-), por su facilidad de descodificación, por su ausencia de códigos complejos de connotación, de significado, por su facilidad semántica, por ser rápida e inmediata. Por no necesitar *mil palabras* (literatura) para ser explicada, argumentada, interpretada, leída. Pero muchos afirmamos que la fotografía puede tener un poder connotativo (semántico, alegórico, simbólico, elíptico, parabólico, poético) enorme. Por tanto consideramos que no procede esa lucha de medios. Y, precisamente, Requena parece ratificar nuestra postura cuando, en resumidas cuentas, lo que consigue es hacer que ambos (medios) bailen entregada y dedicadamente entre sí en las páginas de sus libros, fundiéndose en cada ocasión (y sin jerarquías) en una espléndida conjunción poética final.

La fotografía para Requena no es sólo un excelente medio de registro de la experiencia, un recurso perfecto para la memoria de lo vivido. Es mucho más que eso. Es un magnífico vehículo para ampliar y hacer más rico, consciente y *auténtico* el discurrir de nuestra existencia.

Jesús Mico

Un cierto panorama -reciente fotografía de autor en España-
Sala de exposiciones Canal de Isabel II - Madrid - 2017